

REVISTA TEOSOFICA

Organo de la Sección Cubana de la Sociedad Teosófica

FUNDADA EN 1905

Director: RAFAEL DE ALBEAR

Administrador: GUILLERMO ORDÓÑEZ

Dirección y Admón.: Oquendo 14, altos. Apartado 365. Habana.

PERMANENTE

La Sociedad Teosófica es responsable solamente de los documentos oficiales insertados en la Revista Teosófica. La Secretaría General es responsable de los artículos no firmados; de los artículos firmados con el nombre o iniciales son responsables sus autores o en su defecto sus traductores.

Advertimos a nuestros lectores, para evitar errores y confusiones, siempre desagradables, que la única, legítima y verdadera Sociedad Teosófica, que fué fundada en 1875 por Helena Petrowna Blavatsky y Henry Steel Olcott, tiene su Cuartel General en Adyar. (India Inglesa,) y que esta Sección Cubana que forma parte de ella, tiene sus Oficinas en la Habana, Oquendo 14, altos, no teniendo relación ni conexión con cualquiera otra Sociedad que emplee términos relacionados con la teosofía, o diga que profesa sus doctrinas.

AÑO VI.—No. 9.—15 DE SEPTIEMBRE DE 1922.—2ª EPOCA

La Educación a la Luz de la Teosofía

POR ANNIE BESANT

(Finaliza).

A partir del séptimo aniversario de su nacimiento, se le proporcionarán estudios más serios; mas, para que sean buenos, han de ser un placer, y no una carga para el niño. Y aún en el caso de tener que ir al colegio; después sería preferible tenerlo en casa dos o tres años más, si se puede. En los años anteriores se habrá iniciado en el conocimiento de la lectura, y en cuanto a escribir, conviene que lo haga después de haber aprendido la forma de las letras y por medio de copias nítidas y lentas de pasajes escogidos por su belleza y sencillez; con lo cual aprenderá juntamente la escritura, la ortografía y el estilo. A medida que la escritura se le hace más fácil, escribirá de memoria tanto cuanto pueda recordar de lo que ha copiado el día anterior. Este trabajo podrá alterarlo con la redacción de cartas, escritas por él mismo, las cuales consistirán en el relato de un paseo, con todo lo que haya visto en él, o de un juego, o de un suceso doméstico, o de cualquiera cosa que haya despertado su atención. La historia se le enseñará por medio de cuentos; la geografía, por viajes y construcción de mapas, (mapas especiales con que el niño, dados ciertos contornos o líneas, descubre y

forma el país a que pertenecen); la aritmética, con las cuentas caseras de todos los días; y todo esto, siendo adecuadamente enseñado, constituirá una fuente de goces para el niño. El maestro deberá amar a su alumno, ser paciente, cariñoso, atento a los hábitos infantiles; jamás duro, ni inclinado a las palabras violentas; procediendo siempre por afecto y dulce persuasión, y nunca por fuerza. Es caso lamentable, mezquino y villano el que un hombre grande y fuerte se aproveche de su superioridad física para producir terror y dar que sufrir al niño débil y pequeño. Además, es criminal que un ser humano dé que sufrir a otro con el propósito de hacerlo sufrir; es un error de principio, puesto que es una violación de la ley de inofensividad (ahimsa); y las personas buenas que obran así, lo hacen sugestionada por la ceguera moral de una larga y depravada costumbre. El niño castigado con violencia resulta moralmente ofendido, tanto como físicamente dañado y asustado; y esta es la escuela en que se aprende que causar dolor a otro es el medio adecuado y correcto de mostrar disgusto con el más débil, por lo cual el mismo niño se convierte en un matón con los pequeñuelos de menos edad. El resentimiento del niño, conservado por él, le obscurece por completo el concepto que, de otro modo, hubiera podido formarse de su falta, y, así, quedan sembradas en su corazón las semillas de la venganza y del despecho. Siendo naturalmente sensible al dolor, el rigor lo hace falso, hipócrita, por miedo a que sus faltas le atraigan un castigo corporal. La mentira proviene en el niño o de falta de comprensión, o de temor; y el castigo lo extravía en el primer caso, y aumenta su miedo en el segundo. Las faltas del niño pueden ser casi siempre corregidas por las virtudes opuestas de sus padres, y por el respeto y la confianza que se le dispense. Debieran éstos dar siempre por supuesto que el niño ha hecho lo mejor, debieran aceptar sus palabras sin disputa, debieran tratarlo honorablemente, como a persona honorable que es. Si comete errores, el error debiera explicársele con toda claridad la primera vez, sin vituperarlo: "Estoy seguro que no lo harás en otra ocasión, ahora que lo sabe". Si reincide, debiera adoptarse con él una expresión de sorpresa, de pena, de renovada esperanza. Jamás se debe ultrajar el respeto propio de un niño. Aún en el caso que mienta, siempre debe ser creído, no debe nunca retirársele la confianza, hasta convertirlo a la verdad: "Debes estar en un error, porque no debieras engañarme si sabes que confío en tí".

Desde los siete a los catorce años, ciertos trabajos caseros de jardinería y cocina debieran incluirse en la educación del niño; debieran aprender carpintería doméstica, como clavar clavos sin dañar las paredes, hacer nudos de varias clases, primorosos y firmes paquetes, hasta conseguir la mayor destreza y práctica en el uso de sus manos y dedos. Debiera aprender a ayudar, a ser útil, y a sentir gusto por esto, como en verdad lo siente el niño.

Si sus padres pueden enseñarlo en casa, o si algunas familias pueden ponerse de acuerdo para la educación doméstica, esta

sería mucho mejor que mandarlo a una escuela, mientras no ha cumplido los catorce. Los niños de ambos sexos podrían aprender a jugar juntos en este ambiente, lo que favorecería en alto grado la eficacia de las influencias del hogar, siempre en ellos presente. Durante estos siete años debiera el niño aprender a nadar, a remar, a manejar una bicicleta, a cabalgar, a correr, a saltar, a jugar cricket, hockey, tennis. A sus conocimientos de lectura, escritura, aritmética, historia y geografía,—adquiridos como ya se ha dicho,—debieran agregarse, a partir de los once años, algunos sencillos estudios científicos, en forma práctica, con ayuda de algunos experimentos fáciles, por medio de los cuales aprendería, como no podrían aprender de otra manera, cuán inviolables son las leyes de la naturaleza. En esta última parte del período de siete años, debiera quedar determinada la futura vocación del educando, definitivamente, habida consulta a sus propias ideas al respecto, libremente expresadas, de tal modo que desde los catorce en adelante puede él tomar un rumbo concreto y prepararse para su actuación en el mundo.

Así, los siete primeros años debieran consagrarse al sano desarrollo de su cuerpo físico, a la formación de buenos hábitos, a la sugestión de los ideales morales y religiosos que deben gobernar su vida. Son estos años los más receptivos, y en ellos se forman las impresiones más indelebles. Los siete siguientes debieran dedicarse a la enseñanza del cuerpo y de la mente, a la adquisición de los conocimientos generales que toda persona bien criada y educada debe poseer, como cimiento de los estudios subsiguientes. Después de los catorce, aparece y se fija el rumbo que ha de seguir el joven, y en esta materia no debemos entrar ahora.

Si los padres o maestros del niño o niña son dignos de la responsabilidad que les incumbe, habrán debido vigilar el desarrollo de las cualidades y aptitudes de su hijo; habrán debido notar sus gustos, sea en el estudio, sea en los juegos; habrán debido animarlo a expresar libremente sus esperanzas y deseos; y, de este modo, habrán debido llegar a formarse una opinión completamente clara sobre el género de actividad que armoniza con las disposiciones del futuro adolescente. A medida que los catorce años se aproximan, debieran conversar con el niño sobre las diferentes perspectivas que se abren ante él, explicándole las ventajas o desventajas que no vea; ayudándolo, guiándolo no violentando su juicio. Por lo general, el niño aceptará voluntariamente el parecer o consejo de sus padres, si este consejo se funda en un estudio detenido de sus aptitudes y gustos, y con sumo placer deferirá a la opinión más experimentada de ellos. Pero a veces se tratará de un niño de un genio o de relevante talento, el cual, aún en esta temprana edad de su cuerpo, sabrá lo que quiere hacer y hablará con decisión de su inmediato porvenir. Con un niño así, se impone a los padres el deber de cooperar con él en la realización de su ideal.

Escogida ya la carrera no queda sino adecuar a ella la espe-

cial enseñanza que conviene, a fin de evitar la enojosa pérdida de tiempo y de disposiciones que resulta de la ausencia de objeto al cual convertir la educación.

Pocos padres, comparativamente, pueden dar en sus casas esta instrucción especial, por lo que será necesario, en términos generales, que el estudiante vaya a un internado o externado. Aquellos que se proponen ir a una de las antiguas Universidades, y han escogido las humanidades como objeto de sus estudios, o la Iglesia, las Leyes, la Literatura, la Pedagogía, el Servicio Público, la Política o la Diplomacia, como su profesión, harán bien en cursar previamente las clases superiores en una gran Escuela Pública, y pasar de aquí a la Universidad, a fin de que aprendan en esas pequeñas agrupaciones algo de la inmensa variedad de la naturaleza humana, algo de lo que es preciso para dirigir a los hombres, algo de lo que es capaz de ejercer influjo en las mentes vulgares. El niño que ha pasado los primeros catorce años de su vida bajo las influencias y la educación ya descrita, debiera estar en condiciones de atravesar indemne por el lado peligroso de la vida de una Escuela Pública, y preservar inamovibles los principios asimilados.

Los educandos que elijan otro género de actividades, como la medicina, o la enseñanza de las ciencias, o el cultivo de algunas de éstas en su forma pura o aplicada, o el comercio, o la industria, debieran ingresar antes a las escuelas especiales que proporcionan alguno de estos conocimientos, o alguno de ellos, en forma preparatoria, y de aquí pasar a una Universidad moderna—Birmingham, Manchester, u otra—para el perfeccionamiento de su instrucción. Sin embargo, nada puede ser más perjudicial, moral y físicamente, para los jóvenes, que vivir en los grandes centros poblados, en donde, por desgracia, están situadas estas Universidades. Parece inútil decir que debieran estos jóvenes ser trasladados al campo, donde gozaran del aire puro y de la hermosura sugestiva de la naturaleza. Y nada más imperioso y más insustituible que este cambio, puesto que la pureza y la belleza del ambiente son cosas esenciales para el buen desarrollo del cuerpo y de la mente, y la atmósfera viciada de las sórdidas e infectas calles de las grandes ciudades modernas es fatal para la juventud que en ellas vive.

Si un millonario filántropo, imbuído en las enseñanzas teosóficas, edificara, guarneciera y dotara una Escuela y Universidad moderna, adaptada a la educación de alumnos que se preparan para las actividades supradichas, y escogiera, para ubicarla, alguno de los deliciosos sitios que abundan en Inglaterra o en Gales, dando belleza y utilidad a las construcciones, perpetuando a su alrededor algunos cientos de acres destinados a parques y tierras de cultivo, tal filántropo conquistaría para sí un nombre eterno y haría a sus semejantes un beneficio incalculable. Por lo demás es evidente que a la cabeza de las Escuelas Médicas y de los Hospitales debiera estar un teosofista, para que allí se educaran los médicos del futuro, libres de todas las abomi-

naciones que hoy informan los estudios de esta noble profesión; para que allí los estudiantes pudieran aprender el Arte de Curar y no el Arte de Dosificar Venenos; para que allí pudieran estudiar con más celo la preservación de la salud que la curación de las enfermedades.

Las necesidades de los alumnos podrían satisfacerse en externados de primer orden situados en distritos campestres, y en internados de campo para las niñas cuyos padres están obligados a vivir en las ciudades. En estos colegios no deben limitarse los estudios a la enseñanza literaria; sino que deben extenderse a otros ramos esenciales de la educación femenina, como ser economía doméstica—incluyendo la cocina para sanos y enfermos—higiene y salud pública, primeros auxilios, medicina casera para enfermedades de poca entidad, crianza y atención de niños pequeños, conocimientos de arte en algunas de sus formas, especialmente en aquellas en que la naturaleza se manifiesta con mayor vida y hermosura. Transcurridos cuatro o cinco años en estos colegios, podría la niña ingresar a una Universidad, sea que adopte la Pedagogía o la Literatura como su profesión, o sea que prefiera consagrarse a las tareas de su hogar. Igualmente, después de dos o tres años en estos colegios, podría continuar el estudio de la Medicina o de la Crianza de niños, el de la Ciencia o del Comercio, en caso de elegir alguna de estas carreras; o el estudio del Arte-pintura, música, escultura, teatro—si tuviera verdaderas disposiciones en este sentido.—En una palabra la materia escogida puede ser estimada en la Universidad de que hablamos, en la cual debieran existir dependencias separadas para el alojamiento de las alumnas.

Pero la exigencia principal de la vida de los jóvenes es vivir en el campo, y no en las ciudades. Sólo así pueden desarrollarse fuertes, sanos y puros. Además, el campo les ofrece ocasiones para cultivar el amor de la naturaleza, la cual engendra ternura y poder de observación. Debiera fomentarse en los niños y en las niñas el estudio de los animales, de las aves y de las plantas; y en vez de asustar o matar a aquellos, y dañar a éstos, debieran los niños seguir sus pistas y sorprenderlos en sus secretos asilos; vigilarlos y examinar sus costumbres; fotografiarlos en sus juegos y trabajos; todo lo cual es mucho más agradable e interesante. Las niñas pueden aprender no pocas lecciones de crianza y cuidado de guaguas en las casas campesinas próximas a la escuela; y los niños, también, obtendrán inestimables enseñanzas sobre el mejor aprovechamiento de la tierra, sobre los métodos agrícolas y forestales, y sobre la crianza de los animales domésticos.

Hoy es apenas posible que los teosofistas prescindan de las Escuelas y Colegios destinados a la educación de niños mayores de catorce años, bien que no sería difícil intentar la fundación de una Escuela y Universidad modelos para los jóvenes que no desean seguir una de las profesiones del grupo indicado en primer término. Pero si los primeros catorce años se han empleado bien,

el inconveniente no puede afectarlos seriamente. Para los que adoptan alguna de las del primer grupo, el camino es más fácil, puesto que las grandes Escuelas Públicas y las antiguas Universidades se hallan ubicadas lejos de la bulla y alboroto de las ciudades, y dominan por completo el libre horizonte de sus respectivas localidades.

Si fuese necesario o deseable—como a veces lo es—enviar a un niño a un internado, antes de los catorce años, entonces sí que se presentaría impostergablemente la urgencia de establecer una Escuela para niños de siete a catorce, sobre la base de las ideas sustentadas por la Teosofía.

Y esta Escuela debiera situarse en una región hermosa del campo, donde los alrededores despertaran el sentido de la belleza en los niños, y donde nada pudiera perjudicar a su salud. Del mismo modo, debieran hacerse notar y favorecerse las sugerencias de belleza de la casa, donde todos los cuadros, convenientemente elegidos, puedan provocar las preguntas de los niños y las historias que enaltecen e inspiran los sentimientos. En una pieza separada de las demás, debieran colocarse los retratos de los Fundadores de las grandes religiones, y allí, al comenzar y terminar el día, y por medio de cantos, debiera rendirse agradecido homenaje a los Santos y Protectores del mundo, y tributarse reverente recuerdo a la Única Vida en que vivimos, nos movemos y pasamos nuestra existencia. Esta pieza debiera ser la más bella de la casa, llena de apacibles y alegres pensamientos.

En tal Escuela el alimento debiera ser sencillo, no excitante, nutritivo y sabroso; de manera que los jóvenes cuerpos puedan crecer fuertes y vigorosos. Naturalmente, la carne no debiera formar parte de las viandas, puestos que a los niños ha de enseñárseles ternura para todos los seres vivientes. La leche, las frutas, los cereales, los vegetales entrarán en la composición del régimen dietético, y no embastecerán a los niños.

La enseñanza se dará conforme al programa ya indicado, y los profesores, cuidadosamente seleccionados, amantes de la juventud, se guiarán por los principios previamente establecidos para la educación de los niños en su hogar.

Después de los catorce años, los alumnos ingresarían a los cursos especiales de que ya se ha hecho mención, quedando así preparados para su actuación en la vida.

Con una niñez y juventud dirigida y protegida de este modo, educada entre altos ideales, cimentada en principios de virtud y bondad, físicamente bien desarrollada, llena de ardientes pero refrenadas emociones, habituada a la observación inteligente, a la comparación y al recto juicio, con caracteres equilibrados y constantes, el joven, llegado ya a la virilidad, quedaría en condiciones de cargar y llevar sin esfuerzo y con felicidad el peso de la comunidad, tomando con buen humor las alegrías de la vida, y con ecuanimidad sus penas, como sabio y legítimo hijo del Hombre y de Dios.

La separación de Mr. Wadia

He recibido, fechada en los Angeles, Calif., en 10 de Agosto último la carta siguiente que me dirige Mr. B. P. Wadia:

Querido señor Albear:

Adjunta envío a Vd. una exposición de mi separación de la S. T., lo que puede causarle a Vd. alguna sorpresa, pero yo espero que Vd. le dará publicidad en la Sección Cubana, y le pido que me haga el favor de darme su juicio y opinión.

Con mis mejores deseos, quedo suyo sinceramente,

B. P. Wadia.

Con lo anterior, queda complacido nuestro hermano Wadia, al publicarse que él se separa de la S. T. En cuanto a publicar su folleto, no es posible, no solo por falta de espacio, si no también porque, como Secretario General y como Director de esta Revista, lo considero en completa desarmonía con el modo de pensar y sentir de nuestra Sección, y con la índole y bases de nuestra Revista. Además, para que las logias y miembros lo conozcan, tengo entendido que Mr. Wadia lo ha enviado a todas las logias de todas las Secciones.

Como Mr. Wadia me pide mi juicio y opinión sobre su retirada, también publico a continuación mi respuesta a su carta, para que mi modo de pensar y sentir sea también conocido por todos. Mi respuesta no tiene ninguna otra pretensión que la de aclarar algunos puntos, y reafirmar una vez más el principio de fraternidad, base de la S. T., y el sentimiento de fidelidad:

Querido Mr. Wadia:

He recibido su carta de Agosto 10 en la que Vd. me anuncia su separación de la S. T. y solicita que dé la noticia a la Sección Cubana, y me pide mi juicio y opinión sobre ello. Con su carta, he recibido también el folleto en que Vd. explica sus motivos, y sus renunciaciones como miembro de la S. T., del Consejo General de la S. T. y del Consejo de la Sección de la India.

Con objeto de complacerle en todo, publicaré en nuestra Revista Teosófica su carta, así como ésta, mi respuesta.

Es muy sensible la determinación que Vd. ha tomado, porque siempre todo movimiento de separatividad, aunque parezca obedecer a los más elevados propósitos, tiende a retrasar el camino evolutivo de la humanidad, hacia la Unidad, el que, a mi juicio, solo puede seguirse por medio de la fraternidad a base de tolerancia. Siguiendo este precepto, yo, aunque lamento su separación y la de aquellos que han de seguir a Vd., respeto, pero no comparto sus opiniones ni apruebo la determinación.

No es posible que yo pueda en el breve término de una carta,

rebatir sus opiniones, y menos posible ha de ser que la mía, humilde, pueda influir en su ánimo. Por ello, solo he de hacer algunas manifestaciones.

Su retirada de la S. T. no me ha sorprendido, porque desde hace dos años, cuando efectuaba usted una tournée por los E. U., su actitud en la Sección Americana me pareció más bien disolvente que armonizadora. Yo rechazaba la inclinación a pensar mal de Vd., pero, sin juzgarlo mal, persistía en mí la idea de que Vd. se preparaba como candidato a la Presidencia, y así lo manifesté a varios hermanos, de Cuba y de los E. U. Por este juicio mío, acertado o erróneo, le pido que me perdone, y se lo confieso sinceramente para comprobarle que su retirada no me ha sorprendido.

En su folleto, se refiere Vd. a las enseñanzas de H. P. B., y da las razones que cree justificadas para declarar que la S. T. no es fiel a la Teosofía. En la S. T. cada miembro tiene, como Vd. lo sabe muy bien, una completa libertad de conciencia, y cada cual comprende la Teosofía según su estado de evolución, y no como quieran que se entienda H. P. B., ni Mrs. Besant, ni como quiere Vd. ahora que se entienda. Nuestra actual Presidente es la más ardiente defensora de la libertad de pensamiento en la S. T. Por tanto, cada miembro puede seguir la línea de conocimientos y creencias que quiera, con tal que cumpla el primer objeto de la S. T., la fraternidad universal sin distinción de creencias. En los 20 años que llevo en la S. T., he recibido muchas enseñanzas, he dejado de aceptar otras, pero nunca he visto la imposición de la ortodoxia.

Si en las enseñanzas posteriores a H. P. B. se encuentra algo que Ella no dió entonces, porque no estaba la humanidad preparada para ello, esto no quiere decir que lo presente destruya las bases establecidas en el pasado. Solo significa que la S. T. progresa, como todo progresa en el mundo. Pretender que no se ampliase el conocimiento teosófico sería lo mismo que si Napoleón hubiera querido emplear los mismos procedimientos de Aníbal, o en la reciente guerra, los de Napoleón.

Se refiere Vd. a algunos puntos que tocan a la E. E. Yo cuento 16 años en ella, y no debo entrar en aclaraciones sobre asuntos internos, por razones que Vd. también tiene que respetar. Sin embargo, debo decirle que, ni en la E. E. ni en la S. T. puede ni debe admitirse que un miembro ataque a ninguna religión o creencia, sea la Iglesia Católica Liberal o cualquiera otra. Nunca, en todo mi tiempo, he recibido otra cosa que enseñanzas y ayuda, pero nada de imposiciones ni órdenes emanadas de los Devas, ni indicaciones de hábitos, ni exigencias de unirnos a actividades subsidiarias, ni revelaciones sobre el ritual de la Comasonería. Consejos, sí; imposiciones, nunca. No puedo explicar más en cuanto a las referencias que Vd. hace de la E. E., pero sí quiero recordar que cuando ingresamos en ella, libremente y sin sugestión de nadie, hemos admitido a H. P. B. como

el mensajero de los Maestros, y a nuestro actual Jefe, Mrs. Besant como continuadora de H. P. B.

Como la Orden de la Estrella de Oriente y la Comasonería, son organizaciones completamente independientes de la S. T., pero están recomendadas como actividades para los M. S. T., no sé si Vd. habrá renunciado también a su afiliación en esas dos colectividades.

Creo entender que la síntesis de sus motivos se basa en el desarrollo del conocimiento, y solo tiende a establecer la fraternidad según la iluminación que Vd. recibe de Ellos. También otros pueden recibir, y reciben, esa iluminación. Pero la fraternidad debemos practicarla, no como nosotros podamos concebirla, sino como podamos hacérsela comprender y sentir a nuestros hermanos más débiles.

No he comprendido bien, entre otras cosas, lo que envuelve su renuncia dirigida al Secretario General de la Sección de la India. Habla Vd. de sus futuros planes de trabajo teosófico en su Patria (la India) y termina diciendo que la causa de la Teosofía es la causa de la Patria (la India). Yo no acepto esto. La causa de la Teosofía es la de toda la humanidad. Si yo pudiera aceptar por un momento lo que Vd. dice, entonces sí que me separaría de todo, porque yo no he aceptado y vivido en lo posible el ideal teosófico para servir a la India solamente, como tampoco me limité a servir solamente a Cuba.

Termino ya mi carta, repitiendo a Vd. mi sentimiento por su separación, así como por la de los hermanos que, obedeciendo las sugerencias de Vd., lo han de seguir, agradeciendo a Vd. su valiosa cooperación a la S. T. y afirmándole que en nosotros, los miembros de la Sección Cubana, existe y existirá siempre el sentimiento de fraternidad hacia Vd. y los suyos, como también una firme y consciente lealtad hacia H. P. B. como hacia su continuadora Mrs. Besant, pues deseamos merecer que de nosotros pueda decirse como se dijo del Coronel Cleott: "Fiel hasta la muerte".

Siempre su affino. hermano,

Rafael de Albear.

A los Pies del Maestro

POR J. KRISHNAMURTI

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores, que ya está a la venta la nueva edición de este interesante libro; alto exponente de espiritualidad.

Los que deseen adquirir en cantidad dicha obra, pueden dirigirse al Administrador de la Revista, Apartado 365 Habana.

FRAGMENTO

DE LA CLAVE DE LA TEOSOFIA, DE H. P. BLAVATSKY

Teo. No debe un Teosofista colocar su vanidad, o sentimientos personales por encima de los de su Sociedad, como cuerpo. Al que sacrifica la reputación de esta última, o la de otras personas en aras de su vanidad, provecho u orgullo personales, no se le debiera consentir siguiese formando parte de la Sociedad. Un miembro canceroso enferma el cuerpo entero.

Preg. ¿Cómo explicáis esto?

Teo. Muy sencillamente en la mayoría de los casos, habiéndose consagrado a la Sociedad con mucho ardor al principio, y habiendo prodigado a ésta las más exageradas alabanzas, la única excusa posible a la que puede recurrir un apóstata para explicar su conducta y su anterior ceguera, **es presentarse como una víctima inocente del engaño**, volviendo así contra la Sociedad en general, y sus jefes en particular, la censura de que había sido objeto. Estas personas se parecen a aquel hombre de la antigua fábula que, teniendo la cara torcida, rompió su espejo diciendo que reflejaba imperfectamente su semblante.

Preg. Pero ¿por qué motivo atacan a la Sociedad?

Teo. Casi siempre por vanidad ofendida en una forma u otra. Generalmente, porque su dictamen y consejos no se consideran como decisivos y de peso; o bien porque pertenecen a esa clase de personas que prefieren reinar en el Infierno a servir en el Cielo. En una palabra: porque no pueden soportar no ser los primeros en todo. Por ejemplo, un miembro—un verdadero “D. Oráculo”—criticaba y casi difamaba a cada miembro de la Sociedad Teosófica, dirigiéndose lo mismo a los de fuera que a los Teosofistas, bajo el pretexto de que **todos** eran **antiteosóficos**, censurándoles por lo que él mismo estaba precisamente haciendo durante todo el tiempo. Al fin salió de la Sociedad Teosófica, dando por motivo su profunda convicción de que éramos todos (los Fundadores especialmente) ¡IMPOSTORES!



“Lugar de este Mundo en el Universo”

De la obra “Frutos Recolectados de las Enseñanzas Ocultas”

Por A. P. Sinnet

Traducido por J. M. Lamy, M. S. T.

(Finaliza)

La ciencia más intimamente unida con la aspiración espiritual a medida que la inteligencia humana va desarrollándose, nos concede alguna iluminación mental mientras buscamos a penetrar los misterios de la Jerarquía Divina, en cuanto sea posible. Ciertamente, que, mientras trasladamos nuestra atención de la magnitud aterradora de la astronomía a los fenómenos de lo infinitamente pequeño, las medidas que tenemos que considerar son igualmente aturldoras. Los físicos nos dicen que un centímetro cúbico de agua contiene treinta trillones de moléculas. Que si un globo de vidrio de cuatro pulgadas de diámetro estuviera completamente vacía y se admitieran en él moléculas de aire a razón de cien millones el segundo, transcurrirían cincuenta mil años antes de llenarse. Semejantes cifras son más divertidas que instructivas, pero pueden ayudarnos en algún sentido, en nuestro intento de formular un concepto de la Jerarquía Divina. Los atributos de las moléculas físicas, las leyes que obedecen, son seguramente tanto una expresión de la Voluntad Divina, como las fuerzas que regulan la marcha de los sistemas solares en el Cosmos Sirio. Dentro de nuestro sistema Solar la Jerarquía Divina se extiende hacia abajo, tan definitivamente como, más allá, se extienden hacia arriba; y aunque, lo mismo que intentamos comprenderlo en los planos inferiores, pronto también hallamos dificultades mentales casi tan insuperables como aquellos esfuerzos que se esperan en la otra dirección, podremos con el auxilio de otras fuentes de información, llegar a algunas conclusiones inteligentes.

Todavía puede auxiliarnos la astronomía hasta cierto límite. Las condiciones de vida que deben existir en los diversos planetas de nuestro sistema deben diferir con toda probabilidad grandemente. La temperatura puede variar desde el hielo hasta la del vapor, o más aún. Puede ser que difieran los vehículos de conciencia. Podemos suponer seguramente que, mientras algunas de las leyes fundamentales de la Naturaleza sean iguales en todo el sistema, otras, las que se hallen en desarrollo orgánico, por ejemplo, pueden necesitar modificación local. Cada mundo debe su controlado, hasta en su manifestación física, por Agentes Divinos adecuados. Y un progreso muy mínimo más allá de la teología

primitiva, nos asegura que, antes que todo, en lo concerniente a nuestro propio globo, hay regiones prolíficas de vida que están fuera del conocimiento de nuestros sentidos físicos. Tratar de nuestros planetas familiares, por lo tanto, debe ser con relación a los sistemas planetarios, que abarcan mucho más de los globos visibles. Así llegamos a concebir que para cada sistema planetario la voluntad Divina de todo el Sistema Solar debe transmitirse por medio de un agente que es todavía tan Divino en su carácter, que deslumbra nuestra visión mental.

Un escalón muy importante en nuestro estudio de la Jerarquía Divina se alcanza no menos cuando llegamos a comprender el principio de esa agencia laborando por ella. La mente salta a la conclusión de que este principio debe operar hasta las más bajas y sutiles actividades de la Naturaleza que acostumbramos a incluir en la palabra "Evolución". Para la comprobación de esta conjetura, es obvio que debemos depender de los informes recibidos de fuentes de conocimiento superfísico a que antes hemos hecho referencia, cuyos informes a su vez estarán sujetos solamente a la obstrucción que imponen nuestras facultades críticas. ¿Apelan a nuestra inteligencia como razonables esencialmente en su carácter? Dejando esta cuestión para más adelante, trataré primeramente de describir el agente por el cual parece que el propósito del Poder Divino que preside al sistema planetario al que pertenece este mundo, es utilizado en la manifestación física.

Tenemos que pensar en las regiones invisibles de la Naturaleza como habitadas por huestes de seres espirituales limitadas, por la dirección de las fuerzas, que emanan de la Voluntad super-divina que no guían meramente el desarrollo orgánico, sino que atienden al desarrollo de la esencia espiritual con la que está asociado ese desarrollo. Es fácil que falle el language como medio de expresar ideas que están inseparablemente ligadas con ideas subyacentes o fundamentales aún más sutiles. Vivimos en un mundo cuya razón de ser reside en la oportunidad que ofrece para el desarrollo y expansión de la consciencia espiritual. Las experiencias de la consciencia asociadas con el ambiente físico son las condiciones necesarias para su desarrollo. Podemos sumergirnos buscando los principios de ese desarrollo hasta planos de consciencia muy por debajo de los de la humanidad. Más, dejando esa vasta área de pensamiento sin hollar, el desarrollo de la consciencia espiritual como enfocada en la humanidad, está bajo la guía de una agencia Divina cuya perfecta uniformidad de intención que llena el propósito Divino, presentaría a la imaginación, si pudiéramos ver siquiera un poco más claro; un sistema de ley natural en el plano moral, tan inalterable, como las leyes naturales referentes a la materia física que se refieren al laboratorio del químico. Esas leyes naturales del plano moral están embrolladas con influencias variables que surgen de la libre voluntad humana, pero eso solo hace más delicada todavía la labor de los agentes Divinos que las guían, y no menos específica.

Los primeros destellos que obtenemos en esta vía de la intrincada labor realizada por las huestas de agentes Divinos que se ocupan de guiar el desarrollo de este mundo, nos preparan para hallar una distribución de funciones que se realizan en esa maravillosa región de actividad, de tal modo que mientras una gran hueste está dedicada al desarrollo de la consciencia, otra está concentrada en la misión de guiar el de la forma, de realizar la idea que, por carecer de otra comprensión mejor del proceso, denominamos el principio de la Evolución. Y tal agente labora otra vez en su contacto con la materia por otra agencia inferior hasta la manipulación de la molécula.

La Jerarquía Divina es infinita de ambos modos, inconcebible en su exaltación e inconcebible en su minuciosidad, pero en esta siempre consciente y con su propósito. La inteligencia, con cierta libertad dentro de sus límites, no solo guía el mejoramiento gradual de la forma humana, al par del progreso del desarrollo espiritual, sino el más modesto desenvolvimiento de la forma en el reino animal y también en la variación del color de plantas y flores. La agencia dedicada a semejante labor no puede percibirse por los sentidos físicos, pero otros más finos pueden ya algunas veces conocer su operación, por más que la mayor parte de nosotros es demasiado joven todavía en su evolución para haber llegado a la plena posesión de todas las facultades latentes en la naturaleza humana. "Somos ancianos de la tierra y estamos en la mañana de los tiempos".

Un diseño tan breve como este ha de contenerse en algunas direcciones con simples y ligeras indicaciones. ¿Cómo traducen sus poderes superfísicos al plano físico los Agentes Divinos dedicados a la evolución de la forma a que antes se hace referencia? La contestación está en lo que puede denominarse el mecanismo semi-inteligente de la Naturaleza. La frase en sí aturde, pero trata de ciertos aspectos de la Naturaleza de que la ciencia ha de ocuparse dentro de poco. Los Agentes elementales no pueden ser mirados como componentes de la Jerarquía Divina, ni aún como de los inferiores, pero constituyen una vasta evolución subsidiaria por sí mismos; cósmicos en su carácter; relacionados a mucho más que a lo que interesa solo a este mundo; que principian en planos commensurados con el electrón en magnitud e importancia, y que suben hasta estar en condiciones de ser identificables por los observadores, que posean una clarividencia adecuada, formas definidas en ciertos órdenes refinados de materia, como asociados a funciones específicas en la Naturaleza. Los elementales constituyen el eslabón entre la voluntad—humana o divina—y la manifestación física. Es obvio que el sujeto que de una magnitud estupenda. Ningún fuego ardería, no crecería planta alguna, ni ser humano podría vivir en el plano físico y realizar todo lo que realiza en su cuerpo, de lo cual es totalmente inconciente, sin esa agencia elemental. Cuando la ciencia llegue a penetrar los intrincamientos de este aspecto de Natura, tan oculto hasta ahora,

volvera la vista a las condiciones actuales, como si saliera apenas de las edades tenebrosas. Tan vasta y complicada es la agencia por la cual se cumple la Divina Voluntad.

Pero nosotros tenemos que luchar lo mejor que podamos con esa idea de las Jerarquías dentro de otras Jerarquías. El mundo es un teatro en que un drama estupendo está representándose. El escenario y las decoraciones son provistos por la Agencia Divina, y los actores son responsables—si llevamos la metáfora a sus límites extremos—por las partes que representan. En otras palabras, mientras la Agencia Divina les suministra su oportunidad, se les deja su propia y libérrima voluntad que determine el uso que habrá de hacer. Pero no se les permitirá que destruyan toda la empresa por un abuso demasiado torpe de esa libre voluntad. Se pretende que el drama tenga un final venturoso. Así pues, por encima, por debajo y aparte de las Jerarquías que suministran las condiciones, provee la ordenación divina otra Jerarquía directora que no controla directamente a los actores—pone palabras en sus labios, por así decirlo, ni los manejan como títeres—sino que hace que sientan consecuencias desagradables por desatinos, les provee de una consciencia más amplia a medida que van alineándose voluntariamente a la idea de la Divinidad. Desde luego que esa Jerarquía directora está absorta en sus planos superiores con los agentes elevados de la Divinidad infinita, por más que en sus planos menos exaltados esté en íntimo contacto con nuestra propia humanidad. Este pensamiento nos conduce a lo que es quizás la idea más importante de todas las que estoy tratando de sugerir. La misma Humanidad recluta a la Jerarquía directora. Sus miembros que se encuentran en el primer plano importante sobre la humanidad corriente, han sido seres humanos como—los mejores—de nosotros mismos en algún período remoto del pasado. Nosotros hablamos ahora de ellos, aquellos de nosotros que tienen el privilegio de conocerlos más o menos, como grandes adeptos, Maestros de Sabiduría, Hermanos de la Gran Logia Blanca, o por otras frases aproximadamente apropiadas. En períodos normales están a la altura de su misión—bajo cuya inspiración Divina, desde luego, son vivamente conscientes—de dirigir la gobernación del mundo en cuanto necesite de ajuste o interferencia. Son nuestros Aliados en este período anormal espantoso, en el cual se ve confrontada la humanidad por un ataque desde esos planos elevados de potencia espiritual que, a pesar del poder indudable que tienen, solo pueden resistir por el momento, al siniestro enemigo invisible que inspira a nuestros enemigos del plano físico, mientras esperan el momento de intervenir, en último término de seguro, si se hace necesario, desde los planos elevados del Poder Divino.

¿Parecerá a algunos críticos esta opinión sobre la gran crisis corriente, distinta a la idea principal de que este mundo, como los demás, está gobernado por una Jerarquía Divina infinita de capacidad ilimitada, y que dirige la evolución humana desde las

regiones del Amor infinito? El problema ha sido tratado hasta cierto límite en varios artículos publicados en el "Nineteen Century", y solo es necesario referirnos ahora a los mismos. ("Nuestros enemigos y aliados invisibles", y "Cuando sean vencidas las Huestas Tenebrosas". *Nineteen Century and After*, Octubre y Noviembre de 1915). Voluntad libre, en una palabra, es la respuesta. La evolución final de la humanidad individual solo puede realizarse invistiendo a cada unidad con el atributo Divino de la libre Voluntad en un grado mayor o menor. La humanidad medio madura de la clase que nos rodea en abundancia, es apenas consciente de la amplitud con que goza de este atributo. Se va haciendo más accesible a medida que avanza la evolución espiritual. Por la hipótesis puede esforzarse para cumplir el propósito del amor Divino, hasta lo que pueda ser discernido; o puede pervertirse hasta ser antagónico de ese propósito. Dentro de los límites de nuestra humanidad, la perversión no puede llegar a un grado extremo. Pero otras humanidades nos han precedido y han alcanzado estados de elevación en los que la libre voluntad para el bien o para el mal se expandió enormemente en su esfera de acción. De esa manera, ha llegado a acontecer que el mal espiritual asumió tan colosales proporciones que llegó hasta a desafiar al Poder Divino en planos muy altos. Ese es el reto al que estamos contestando ahora en nuestro humilde plano. Estamos seguros del éxito final, porque las vigorosas potencias espirituales del mal en guerra con la idea Divina de la humanidad (en este plano con nosotros, los ejércitos aliados) han tenido un origen definido que nosotros podemos discernir, y han alcanzado una altura definitiva del poder espiritual. Por muy exaltado que sea ese poder, es finito. La Jerarquía Divina es infinita. En cualquier plano que el poder satánico pueda comprobarlo en iguales términos, los recursos Divinos encima de ese plano son ilimitados. Si se ejercen, deben dominar necesariamente al poder finito, y tenemos razón en sentirnos seguros en que más tarde o más temprano serán ejercidos para impedir la ruina del mundo.

He dicho que nuestros Aliados en esta gran contienda—los Maestros de Sabiduría, o por cualquier otro nombre que nos guste llamarlos, los caudillos de la Humanidad, de cuya existencia, hasta fecha reciente, la humanidad en general estaba ignorante en absoluto, son escogidos entre nosotros mismos, aunque no por ello depende constituir el primer gran escalón de progreso de abajo hacia arriba, de la Jerarquía Divina. Pero, aunque más allá de ellos, las condiciones de existencia principian a trascender la comprensión del cerebro físico, podemos comprender hasta cierto punto las capacidades y facultades de los seres que han alcanzado hasta ellos, y las funciones correspondientes a su estado de evolución. Ciertamente que esa poderosa organización incluye a algunos que han alcanzado alta dignidad espiritual antes que los hijos de este mundo hubiesen surgido de las razas primitivas, su criadero en cierto sentido. Pero no incluye menos a otros que

han aparecido exteriormente en los períodos históricos como meros hombres vulgares. El mundo nunca ha estado sin una gran Fraternidad directora ciertamente, no obstante que en un tiempo se lo debía a una humanidad más antigua. Esta frase necesita alguna amplificación para ser plenamente inteligible pero, pensando un poco se verá que la historia de este mundo y de nuestras razas humanas no es una corta y completa leyenda en sí misma, sino un episodio de la historia universal.

A medida que nuestra humanidad llegó a evolucionar suficientemente para poder ofrecer reclutas para la gran Hermandad directriz, su existencia permitió ir infiltrándose gradualmente en la consciencia de los pocos candidatos disponibles. Esos fueron los pocos cuyo ardor en la investigación de conocimientos elevados y cuyo desarrollo moral era tal que podía confiarse en que ellos no iban a hacer mal uso de su valiosos conocimientos. El mundo en general no estaba todavía preparado para apreciar debidamente la realidad de que las facultades y los conocimientos superiores a la experiencia ordinaria eran alcanzables por ciertos medios. Una diseminación prematura de esa idea podría haber tenido desfavorables consecuencias. Pero se le reveló a unos pocos escogidos, y así ha sucedido que al presente la gran Fraternidad cuenta con muchos miembros que han sido hombres como los mejores de nosotros mismos en un período comparablemente reciente.

La experiencia de la vida corriente no nos capacita para comprender su lugar en la Naturaleza absoluta y completamente. Ellos operan generalmente en planos de consciencia más allá del alcance de nuestros sentidos ordinarios, y manejan fuerzas desconocidas todavía por la Ciencia, empleando el cuerpo físico meramente como un vehículo que ocupan o abandonan, según les sugiere la conveniencia; la más fina clarividencia que los estudiantes corrientes de esa maravillosa facultad han llegado a alcanzar alguna vez, es, en comparación con la suya, como una luz repentina a un arco eléctrico; y la misma materia física es plástica en sus manos. En los más altos vehículos de consciencia, las distancias sobre este mundo nada significan, y están además desde luego, en armonía absoluta con la Voluntad Divina.

Es de una significación suprema esta idea que nos muestra a la humanidad a que pertenecemos todos nosotros, como destinada a reclutar los primeros—mirando hacia arriba, desde luego—de los grados espirituales que constituyen en conjunto, la Jerarquía Divina. Comprendida propiamente, inviste a la humanidad de un significado enteramente nuevo, si se compara con la que simplemente considera a cada parte de esa humanidad como destinada a una existencia individual continuada indefinidamente, feliz o desventurada, según los casos. La cruda imágen así presentada a la imaginación por la religión vulgar, puede haber servido a su propósito mientras el mundo era joven para coaccionar o amenazar a una multitud ignorante no preparada todavía para

un concepto más profundo; pero filosóficamente está bajo la crítica. La idea sublime para afectarnos directamente, como derivada de un concepto, amplio aunque incompleto, de la Jerarquía Divina es aquel que demuestra ser una totalidad coherente que se ensancha hacia arriba desde este mundo tal como lo conocemos, en la dirección del infinito absoluto. Nos permite concebir por primera vez, el lugar de este mundo en el universo. Una modestia mal dirigida nos hace hablar a alguno de nosotros en ocasiones, de este mundo, como de un planeta pequeño entre otros mucho mayores, dependiente de un sol de décima clase en un Universo ricamente provisto de otros de magnitud y brillantéz enormemente mayores. Las criaturas infinitesimales sobre su superficie solo pueden ser considerados de esta manera, importantes en su propia estimación; realmente no más que los granos de arena en la playa. Esa apreciación no es menos errónea que despresiva. La humanidad en obsequio de cuya evolución existe este mundo, representa un escalón definido en la evolución de la consciencia Divina, que, aparte de su expansión ilimitada hacia el infinito, es susceptible de acrecentamiento infinito desde abajo. No hay escalas en la Jerarquía Divina que no hayan sido reclutadas en algún pasado insondable, de humanidades más o menos semejantes a la nuestra. La eternidad se extiende de ambos modos, y el mundo y los sistemas solares de hoy,—por más que las cifras no son capaces de sugerir su duración según las medidas de nuestra época,—son manifestaciones del poder Divino, que han sucedido a otras y que lo serán también en su turno. Nosotros contamos las nebulosas en los cielos, y observamos el desarrollo de los solos futuros destinados a sostener sus progenies de mundos y de candidatos futuros para la evolución Divina.

Más, no necesitamos atormentar la imaginación llevando ese pensamiento demasiado lejos. Es bastante que sepamos que aquí y ahora somos candidatos para la evolución Divina; que no hay solución de continuidad de esta etapa de la existencia hacia aquellos que han sido debilmente sugeridos en estas páginas y que nos van deslumbrando y encaminando hacia la visión mental, a medida que vamos penetrando con el pensamiento en sus atributos y poder. Esta humanidad nuestra, aún al contemplar sus visibles variedades, desde el salvaje hasta el más gran filósofo, es claramente una vasta procesión que se mueve al través de las edades, buscando cada espíritu inmortal siempre nuevas y nuevas encarnaciones hasta que adquiridos experiencia y esfuerzos, lo capacita para aquellos de un orden superior. El aprecio de esta idea marca un vasto avance más allá del primitivo concepto de la perpetuación eterna de cada ser grotescamente incompleto. Pero, semejante apreciación es meramente un paso en dirección del concepto más vasto. El más alto nivel de alcance moral e intelectual en la etapa de las potencialidades de este mundo, no es más que un nuevo comienzo, un punto de partida para un progreso más allá de la precisa comprensión de la inteligencia físicamente en-

carnada, pero felizmente no velada por completo para nosotros. No importa por el momento que haya otros mundos que ofrezcan aún más favorables oportunidades para la consciencia encarnada.

Eso no nos concierne. Podemos estar plenamente satisfechos de saber que cualquiera que sean los procesos preparatorios que conduzcan a la Gerarquía Divina en otros mundos, el nuestro tiene un lugar en el Universo, en relación directa con toda la infinidad que esa simple palabra representa, con cuanto la más iluminada reverencia puede sugerir cuando presumimos hablar de Dios.

Aquí termina el primer capítulo de la obra de A. P. Sinnett, "**Frutos recolectados de las enseñanzas ocultas**". En el próximo número empezaremos el segundo, cuyo título es "**Vidas Futuras**".

Hércules hecho Dios

Derriba Hércules corpulentos árboles sobre la cima del Eta y a la pira con ellos formada prende fuego Filoctetes. Sobre las llamas que lamen el viento Hércules tiende la piel del león de Nemea y sobre ella impasible reclina su cuerpo, apoyando la cabeza en su clava. En las llamas que envolvían el cuerpo del héroe caían las serenas miradas de apacible desdén con que él las contemplaba consumir la materia mortal heredada de su madre.

Movidos los dioses mismos a piedad y admiración aplauden las palabras con que Jove anuncia su propósito de alzarle a la categoría de los dioses inmortales.

De suerte, pues, que la divina persecución de Hera, la celosa, dando a Alcides ocasión de realizar las doce proezas magnificó aquella alma heroica al punto de purgarla de toda terrena influencia y de elevarla a la suprema jerarquía del Olimpo. Entre los dioses Hércules es el más consolador de todos, porque él representa al hombre que por la consagración al servicio de sus semejantes, por su inalterable paz del ánimo ante los más graves peligros o las más difíciles empresas, por un inquebrantable esfuerzo de la voluntad se convierte a sí mismo en dios. Hércules, representa esa infinita posibilidad humana, por eso es el más consolador de todos ellos.

Roberto Brenes MESEN.

Syracuse, N. Y. Julio 1922.

LA VISION DEL PINTOR

De la revista "Zanoni" de Sevilla, Junio 1922.

(Traducido del francés).

España está de luto y con ella la humanidad. Ha muerto José Villegas.

Villegas era un pintor genial; pero él estimaba que el genio no es un don de la Naturaleza. A sus ojos el genio es un **préstamo** que la Naturaleza concede a sus elegidos, a la condición de que se sirvan de él para realzar el nivel moral del género humano. Por tal motivo, cuando a fuerzas de perseverancia y de privaciones (pues sus comienzos fueron más que modestos), descubrió los misterios de la técnica y llegó a infundir a su pincel la vida creadora de que él estaba impregnado, abandonó los surcos trazados por los que sólo ven en la pintura el arte de copiar servilmente la materia, y se lanzó resueltamente a la conquista de su ideal, que consistía en fijar sobre el lienzo el alma de las cosas y de los seres, y hasta las ideas y los conceptos más abstractos.

Cuando en 1899 fué España despojada sin motivo de su dominio colonial, Villegas sintió una gran indignación como ciudadano español. Pero como ciudadano de esa gran patria que se llama la Humanidad, su alma experimentó honda amargura.

Era una hermosa tarde del mes de Junio. El Sol iluminaba la Ciudad Eterna con sus últimos rayos, haciendo resaltar sobre un fondo purpúreo las cúpulas de las iglesias cristianas y las ruinas de los templos paganos, símbolos mudos de dos corrientes espirituales, salidas del mismo tronco, y que divididas momentáneamente, acabarán por unirse cuando los hombres hayan abierto su corazón a la luz divina.

Sentado ante su mesa de trabajo, con la cabeza apoyada en sus manos, Villegas meditaba. Se decía a sí mismo, que para que una nación grande y joven como los Estados Unidos, que no se había batido aún más que por su independencia, y que pretendía ir a la cabeza de la civilización, se hubiese rebajado al nivel de los pueblos de rapiña, sin que atrajera sobre sí la reprobación universal, era preciso que la humanidad estuviese realmente sumergida en las tinieblas y que hubiese perdido la noción de la Ley.

Apenas ese último pensamiento se había formulado en su espíritu, cuando vió ante sí un torbellino de luz que se elevaba a una altura vertiginosa. Aquel torbellino le atrajo con fuerza irresistible, y pronto, identificado con aquella luz, perdió de vista

nuestro planeta, que le pareció imposible de distinguir de los otros orbes evolucionando en la bóveda celeste. Lejos de sentirse aturdiido por ese transporte, experimentó una sensación de indecible bienestar, que se convirtió en éxtasis cuando alcanzó el plan divino, ese plan en que la Fe se confunde con el Conocimiento, en que la Piedad se funde en la Justicia, y el Amor en el Castigo para llegar, como río que en el mar desemboca, a LA LEY; poder divino que abraza amorosamente toda la Creación y a la cual ni el átomo ni los dioses pueden escapar; a esa Ley que condiciona las afinidades del mineral y la germinación de la semilla, que se convierte en instinto en el animal y que, en el hombre, se llama conciencia.

Villegas sintió entonces una piedad inmensa por los hombres y, dejándose llevar por su amor al género humano, exclamó en alta voz y conmovido. “¡Pobres hermanos míos, que vegetáis en las tinieblas; despertad a la luz! ¡Elevad vuestras pasiones al nivel de vuestra conciencia, y os convertiréis en dioses!”

Un silencio glacial acogió sus palabras. Ni el eco mismo de su voz llegó a sus oídos.

Invocando entonces al Eterno, le suplicó humildemente que le concediese la inspiración creadora que permitiría tratar a la humanidad al camino del deber. ¡Infundiré yo a mi pincel, dijo Villegas, la fe intensa que me anima y que triunfará, estoy seguro, de la inercia de los hombres!

Apenas acababa de formular esta plegaria, cuando vio adelantar hacia él a un divino mensajero cuya expresión se parecía de un modo extraño a la de un ángel que la víspera había abocetado en uno de sus lienzos. Hablando en nombre del Creador, este ángel le dijo: “Bella es tu alma y noble su objetivo; pero para llevar a cabo la obra que te has impuesto, sería preciso un Dios de cuerpo puro y sutil. Tu envoltura humana es demasiado tosca para poder vibrar al unísono con tu ideal. Tus fuerzas te harán traición; y sucumbirás esta vez antes de alcanzar la tierra prometida; aunque si estás decidido firmemente a proseguir tu noble ideal sin desfallecer, si aceptas el sufrimiento con alegría, y hasta el mismo martirio, realizarás tu fin cuando, purificado por el dolor, descendas de nuevo a la tierra. ¡Aceptas la prueba?

—Sí—contestó con voz firme.

—Entonces, cúmplase tu destino. ¡Adelante! Fonte al trabajo sin tardar. Yo seré tu inspiración. Seré tu fé, seré tu dolor, y cuando la muerte cierre las ventanas de tu prisión carnal, te esperaré en el umbral para recogerte en mis brazos.

Aún resonaba en su corazón esa divina música, cuando se sintió levantar por invisible brazos que le posaran dulcemente en un rayo de luz a lo largo del cual se dejó deslizar lentamente sin experimentar, por otra parte, el menor asombro. Así le fué permitido vivir la historia de la humanidad, grabada para siempre en la luz astral, en la cual se sumergía cada vez más a medi-

da que descendía hacia la tierra. La chocó mucho el notar que tras períodos tenebrosos y a intervalos casi regulares, la historia de la humanidad se ilumina con un resplandor deslumbrante. Eran los períodos que coincidían con la aparición de un Gran Instructor, Rama, Krishna, Hermes, se le presentaron sucesivamente, y comprendió entonces lo que habrán sido para el género humano esas tres antorchas de divina luz. Luego, de repente, sobrecogido por indecible emoción, detuvo su vuelo para contemplar mejor el espectáculo que se ofrecía a su vida. Allá abajo, en la cumbre de un monte, sobre un fondo púrpura y oro, se destacaba la figura radiante del más grande Legislador.

A sus pies, el pueblo de Israel esperaba, recogido el mensaje de Dios. Elevando entonces los brazos hacia el Cielo, Moisés le presentó con un gesto magestuoso las tablas de la Ley, de las que emergían en letras de fuego, los diez mandamientos divinos.

Villegas abrió lentamente los ojos, que miraron durante largo tiempo a su alrededor, sin llegar a situarse en el espacio. De repente se levantó y se dirigió con paso decidido hacia un rincón de su estudio en que se encontraban, adosados al muro, sus últimos bocetos, visiones fugaces de seres y de cosas cuyas formas había aprisionado, en espera de infundirlas vida. El primer lienzo que se le presentó fué el que representaba al ángel que había abocetado la víspera. Era el mismo, sin duda; y al contemplar su sonrisa volvió a vivir en un segundo su visión deslumbradora.

En lo sucesivo, su vida estaba perfectamente trazada. Nuevo Moisés, volvería a dar él la Ley a los hombres; pero en lugar de grabarla en la piedra inerte, la vivificaría con la magia de su pincel y daría una forma humana a los diez mandamientos divinos, haciéndolos más accesibles al hombre.

Enseguida puso manos a la obra. Pero no tardó en percatarse de que la labor que había emprendido era superior a las fuerzas humanas y más aún teniendo que expresar por la imagen mandamientos negativos, como lo son la mayor parte de los que constituyen el Decálogo.

Entonces se entabló una lucha titánica entre sus fuerzas físicas y su voluntad indomable, lucha desigual por desgracia, en la que el cuerpo debía necesariamente sucumbir. La conciencia de su impotencia para que su cuerpo vibrase al unísono con su espíritu, produjo en Villegas una depresión nerviosa vecina de la neurastenia, que puso en peligro sus días. Llamados los médicos a la cabecera del enfermo se dieron pronto cuenta de que la causa verdadera del mal era el esfuerzo sobrehumano a que Villegas habrá sometido su cerebro durante mucho tiempo. Era, pues, preciso suprimir la causa del mal a toda costa. ¿Pero cómo hacer reposar aquel pobre cerebro enfermo en ebullición, sin la colaboración del paciente, en lo sucesivo incapaz de hacer acto de voluntad? Sólo un cambio radical podía realizar el milagro.

Vacante en este intermedio la Dirección del Museo Nacional

del Prado, el Rey de España que supo cual era la situación, se apresuró a ofrecérsela a Villegas.

Sangraba el corazón de nuestro artista a la idea de abandonar para siempre su estudio de Roma, que había sido testigo de sus sueños, de sus luchas y de sus triunfos; y aquella casa, transformada por él en palacio árabe, que, durante muchos años había cobijado su felicidad. Cediendo empero a instancia de los que le rodeaban y recordando su solemne promesa, encontró, en medio de su turbación, la energía necesaria para aceptar la regia proposición, aunque se diese cuenta de que al hacerlo así, rompía definitivamente con el pasado, del que en lo sucesivo quedaría separado por un muro infranqueable.

Sus nuevas ocupaciones le absorbieron hasta tal punto que durante bastante meses no pudo ocuparse del "Decálogo".

Esto le salvó. Su naturaleza física recobró poco a poco su equilibrio, y cuando terminó la organización del Museo, Villegas pudo de nuevo considerarse en condiciones de llevar a cabo su obra.

Cuando el día previsto, Villegas se volvió a encontrar frente a frente con su musa en su hermoso estudio del Museo, cuya entrada había prohibido rigurosamente a todos los importunos, no pudo impedir un sentimiento de angustia ante la idea de que quizá iba a sucumbir de nuevo en la lucha, y ahora definitivamente. Así pues, cual no sería su sorpresa al descubrir que durante aquellos meses de reposo mental, su subconsciente no había descansado y que, por el contrario, había empleado aquel tiempo en preparar la trama de la obra. Ocurría que en cuanto se concentraba sobre el asunto de cada cuadro, veía proyectados sobre el lienzo, seres y cosas cuyo conjunto constituía una interpretación del mandamiento que trataba de representar, conjunto que estaba por otro lado en perfecta armonía con su propia concepción, y que ya no tenía que hacer más que fijarlo en el lienzo.

Sería, sin embargo, conocer mal a nuestro artista el creer que esta primera interpretación le satisficiera durante mucho tiempo. Pero, en todo caso, el esfuerzo creador que amenazaba a su equilibrio físico, ya se había realizado. Lo único que tenía que hacer era perfeccionar su obra.

A este trabajo consagró quince años de su vida, durante los cuales se puede decir que lo rehizo unas diez veces, juzgando en cierta ocasión, que la obra sería incompleta si no fuese precedida por un prefacio y seguida por una conclusión, agregó a los diez mandamientos un prólogo y un epílogo, simbolizando el nacimiento y la muerte, para incorporar así en el Decálogo todo un ciclo de vida humana.

Por fin, en 1915 terminó su obra, que fué expuesta primero en Madrid y luego en Sevilla, su ciudad natal. Cientos de miles de personas desfilaron ante sus admirables lienzos; la prensa se llenó de elogios ditirámicos; las autoridades le felicitaron en todos

los tonos, la Iglesia cantó sus excelsitudes y preconizó la adquisición del Decálogo. Pero esa adquisición no fué realizada ni por la Iglesia, ni por el Estado, ni por los particulares, pues aquellos que hubieran podido realizarla no habían comprendido evidentemente el alcance de la idea directriz del artista.

Villegas había soñado mucho tiempo con ver su arte consagrado en Francia, país que adoraba. Pensó entonces en exponer su obra en París, ciudad que él llamaba "cerebro del Mundo". Se acababa de crear una asociación **Les amis des artistes**, para sostener y dar ánimos a los desdicha los artistas alcanzados por la guerra. Villegas ofreció a sus directores el exponer en París el Decálogo en beneficio de la Asociación. De este modo la obra de Villegas fué expuesta en el Juego de Pelota de las Tullerías, en la primavera de 1916.

Francia luchaba entonces por su existencia. Acababa de rechazar en Verdún el asalto más formidable que haya registrado la Historia. Por esto, el público, ya poco numeroso por la ausencia de los combatientes, y que iba más bien a los templos que a las exposiciones, no acudió en masa. Sin embargo, la opinión pública hizo a Villegas una acogida de las más simpáticas. Fué recibido muy amistosamente por el presidente de la República que le conocía hacía tiempo, como entusiasta de Francia, y recibió numerosos testimonios de afecto de los representantes del pensamiento francés. Por fin, encontró un generoso Mecenaz que ofreció adquirir sus cuadros para donarlos a Francia. Pero habiendo expedido al mediodía las obras de arte, para ponerlas al abrigo del invasor, las autoridades no creyeron sin duda deber asumir, en tal momento, tan gran responsabilidad, y el asunto quedó en suspenso y no pasó adelante.

Terminada la exposición, los cuadros volvieron a su patria, a ocupar su sitio en el estudio del artista, en el Museo del Prado, mientras Villegas reanudaba sus funciones. Desgraciadamente, la vista de su obra, de aquella obra admirable en que había puesto su inspiración, su entusiasmo, su misma vida; de aquella obra que debía regenerar al hombre, pero que el hombre no había comprendido, se le había hecho insoportable. En adelante, se sentía incapaz de emprender una nueva tarea; y cuando, no pudiendo permanecer inactivo, comenzaba un nuevo trabajo, dejaba que su pincel marchase sobre el lienzo mientras sus pensamientos se elevaban hacia la fuente de toda luz, dejando a su sueño presa de un profundo descorazonamiento. Un día llegó a pensar— como Moisés enojado y rompiendo las tablas de la Ley—en destruir su Decálogo. Afortunadamente, su esposa admirable y los numerosos amigos que le querían, lograron disuadirle de ello, aunque juzgó preferible hacer desaparecer la obra de su estudio para sustraer a su vista aquella fuente constante de amargura.

¿Fué peor el remedio que la enfermedad? Nadie puede decirlo. En todo caso lo cierto es que a partir de ese momento, su ta-

ller, que había sido para él manantial de gozo, de vida y de inspiración, le pareció triste y solitario, como una casa soleada mucho tiempo por la presencia de un niño, después que la ha dejado para ir a su última morada.

Su visión de antaño que durante mucho tiempo había iluminado su alma, no la iluminaba ya más que con pálido reflejo. La desgracia, que se acercaba a grandes pasos, proyectaba su sombra ante sí, obscureciendo a su vista, como la sombra de la luna eclipsa el sol, el brillo deslumbrador de la divina luz.

Atacado un día por fiebre muy alta, tuvo que acostarse. ¡Al día siguiente, estaba ciego!

Si la privación de luz es considerada por todo ser humano como el más cruel de los castigos, ¿quién podrá imaginarse lo que debió ser para un pintor de genio como Villegas, para quien la palabra **vida** era sinónima de **luz**?

Cuando hubo él medido el alcance de su infortunio, experimentó un sentimiento de angustia. Se sentía como resto de naufragio que va a la deriva en pleno Oceano en medio de la noche profunda. Oprimido su corazón por la angustia, exclamó: "Dios mío, ¿es esta la prueba suprema?" Entonces oyó una dulce melodía, cuyas notas, apenas surgían, se transformaban en estrellas que quedaban suspendidas en el espacio. Después del fondo de aquel firmamento estrellado, vió surgir, con su vista interna, a su ángel protector con rostro radiante y los brazos extendidos amorosamente hacia él. Habiendo querido el pintor precipitarse en ellos, se sintió retenido por una fuerza invencible y entonces comprendió que la distancia que le separaba del divino mensajero señalaba el recorrido que debía efectuarse aún sobre la tierra, hasta haber cumplido su misión.

A partir de aquel momento, apenas si tocó el suelo con sus pies. La sonrisa no abandonó sus labios y él fué quien consoló a los que rodeaban consternados. Vivió aún tres años más, difundiendo a su alrededor la alegría y la luz, él, cuyos ojos no habían de ver más el sol. Y luego, el día señalado por el Destino, rompiendo los muros de su prisión carnal, su alma radiante se elevó hacia su Creador, como la mariposa, obedeciendo a la atracción irresistible de la luz, desgarró su capullo inerte y emprendió el vuelo hacia el cielo azulado.

El cuerpos de Villegas descansa en paz en su país natal, bajo el hermoso cielo de Andalucía. Pero su alma bella ha ido a unirse con las de los héroes innumerables de la Gran Guerra que dieron gozosamente su vida por una noble causa y que no tardarán en volver a la tierra para realizar, con fuerzas nueva, el ideal al que sacrificaron su existencia.

Lionel HAUSER.

(Traducido por Julio Garrido de *La Revue Contemporaine*, 53, Boulevard de Montparnasse.—París VI).

SUEÑOS:

LO QUE ELLOS SON Y COMO SON CAUSADOS

Por C. W. Leadbeater

(Traducido por el Dr. Arturo Villalón M. S. T.)

CAPITULO I

INTRODUCCION

Muchas de las materias que guardan relación con nuestros estudios teosóficos se hallan tan lejos de las experiencias de la vida diaria, que, por más que nos sentimos movidos hacia ellas por una atracción que crece cada vez más y llegamos a conocerlas y entenderlas mejor, sin embargo, nos sentimos todavía invadidos, por decirlo así, de un oscuro sentido de irrealidad, o al menos de falta de práctica, en tanto que nosotros nos estamos relacionando con ellas. Cuando nosotros estudiamos la formación del sistema solar, así como los anillos y rondas de nuestra cadena planetaria, no podemos menos de reconocer lo interesantes que son estos estudios, aunque abstractos, y lo útiles que son cuando nos muestran como el hombre ha llegado a ser lo que nosotros vemos que es; sin embargo, solamente están asociados tales estudios de una manera indirecta con la vida que nosotros estamos viviendo aquí y ahora.

No obstante lo expuesto, ninguna objeción como esta puede ser tomada en cuenta respecto al tema que nos ocupa; pues todos los lectores de estas líneas han soñado, y, probablemente, muchos de ellos tienen el hábito de soñar frecuentemente; y ellos pueden por tanto, estar interesados en la realización de un esfuerzo para explicar el fenómeno del sueño con la ayuda de la luz que arroja sobre esta materia la investigación a lo largo de las líneas teosóficas.

El método más conveniente por medio del cual nosotros podemos ordenar las varias ramas de nuestro estudio, quizás será el siguiente: primero, considerar muy cuidadosamente el mecanismo físico, etéreo y astral, por medio de los cuales las impresiones son trasmitidas a nuestra conciencia; segundo, ver como la conciencia a su turno afecta y usa este mecanismo; tercero, examinar ambas condiciones, la de la conciencia y la de su mecanismo durante el sueño; y cuarto, inquirir como las varias clases de sueños que los hombres experimentan son producidos por este medio.

Como yo escribo principalmente para los estudiantes de Teosofía, me sentiré a mi mismo en libertad de usar, sin detallada

explicación los términos ordinarios teosóficos, con lo cual puedo libremente dirigirme a ellos más familiarmente; pues de otro modo este pequeño libro se excedería mucho más allá de sus límites asignados. Si, no obstante lo expuesto, cayera ocasionalmente este libro en manos de cualquiera persona para cuya comprensión le fuere muy difícil el uso de estos términos, yo puedo solamente excusarme para con ellos, remitiéndolos, para estas preliminares explicaciones, a cualquier trabajo teosófico elemental, tal como la Sabiduría Antigua y El Hombre y Sus Cuerpos, por Annie Besant.

CAPITULO II

EL MECANISMO

Io. FISICO

Principiemos primero por la parte física del mecanismo. Nosotros tenemos en nuestros cuerpos un gran eje central de materia nerviosa, que termina en el cerebro, y desde éste parte una red de hilos nerviosos que radían en todas direcciones a través del cuerpo. Son estos hilos nerviosos los que, conforme a las teorías científicas modernas, transmiten por medio de sus vibraciones las impresiones, desde el exterior, al cerebro, y este último, después de recibir estas impresiones, las traduce o convierte en sensaciones o percepciones; así pues, si yo pongo mi mano sobre algún objeto y siento que está caliente, no es realmente mi mano la que siente, sino mi cerebro, el cual está actuando en virtud de la información transmitida a él por las vibraciones que corren a lo largo de sus hilos telegráficos o hilos nerviosos.

Es importante también llevar a la mente el concepto de que todos los hilos nerviosos del cuerpo son iguales en constitución, y que esa envoltura especial de ellos a que nosotros llamamos el nervio óptico,—que trasmite al cerebro las impresiones hechas sobre la retina del ojo, capacitándonos a nosotros para ver,— difiere de los hilos nerviosos de la mano o el pié solamente en el hecho de que, a través de largas edades de evolución, han sido especializados para recibir y transmitir más rápidamente un pequeño y particular conjunto de vibraciones rápidas que se hacen visibles a nosotros como luz. La misma observación se obtiene con referencia a los otros órganos de los sentidos; los nervios auditivos, olfatorios o del gusto difieren cada uno del otro y del resto solamente en la especialización: ellos son esencialmente los mismos, y todos ellos hacen sus respectivos trabajos exactamente de la misma manera, por la trasmisión de las vibraciones al cerebro.

Ahora bien, este cerebro, que es el centro principal de nuestro sistema nervioso, es muy rápidamente afectado “por ligeras variaciones” en nuestra salud, y muy especialmente por todo

aquello que implica un cambio en la circulación de la sangre a través de él. Cuando el flujo de la sangre a través de los vasos de la cabeza es normal y regular, el cerebro (y, por tanto, la totalidad del sistema nervioso) está en libertad para funcionar de una manera ordenada y eficiente, pero a cualquiera alteración en esta normal circulación, así en su cantidad, como en su calidad y velocidad, inmediatamente se produce un efecto correspondiente en el cerebro, a través de él y de todos los nervios del cuerpo.

Si, por ejemplo, es suministrada al cerebro demasiada cantidad de sangre, la congestión de los vasos tiene lugar, y es producida una irregularidad en su acción; si dicha cantidad es demasiado pequeña, el cerebro (y, por tanto, el sistema nervioso) se torna primero irritado y después letárgico. La cualidad de la sangre suministrada es también de gran importancia. Como la circulación a través del cuerpo tiene dos principales funciones que satisfacer, que son: abastecer de oxígeno y nutrir a los diferentes órganos del cuerpo, si resulta incapaz de cumplir adecuadamente cualquiera de estas funciones, una cierta desorganización se derivará de ello.

Si el abastecimiento de oxígeno al cerebro es deficiente, queda sobrecargado de bióxido de carbono, y la pesadez y la letargía prontamente sobrevienen. Un ejemplo corriente de esto es la sensación de torpeza y somnolencia que frecuentemente encuentra uno en un apiñado y mal ventilado cuarto; debido a la disminución de oxígeno por la continuada respiración de un gran número de personas, el cerebro no recibe su adecuada cantidad de alimento y, por consiguiente, es incapaz para realizar su trabajo normalmente.

Además, la rapidez con que la sangre fluye a través de los vasos afecta a la acción del cerebro; si es demasiado grande, produce fiebre; si demasiado débil, entonces es causada nuevamente la letargía. Es obvio, por tanto, que nuestro cerebro (a través del cual, según se ha dicho, todas las impresiones físicas tienen que pasar puede muy fácilmente ser perturbado y más o menos obstaculizado en el normal desempeño de sus funciones por causas aparentemente triviales,—causas a las cuales nosotros probablemente a menudo no prestaríamos atención ninguna, aún durante las horas de vigilia, pues casi ciertamente quedamos de ello completamente ignorantes durante el sueño.

Antes de que pasemos adelante debe ser notada otra peculiaridad de este mecanismo físico, la cual consiste en la más notable tendencia a repetir automáticamente las vibraciones a las cuales estamos acostumbrados a responder. Es a esta propiedad del cerebro a la que son atribuidos aquellos hábitos corporales y engaños de tal naturaleza que son independientes de la voluntad, y son a menudo tan difícilmente de dominar, y, como pronto veremos, juegan un papel aún más importante durante el sueño, que en nuestra vida de vigilia.

II ETEREO

No es solamente a través del cerebro, al cual nosotros nos hemos venido refiriendo hasta aquí, que las impresiones pueden ser recibidas por el hombre. Casi exactamente co-extensivo con él interpenetrando su visible forma está su doble etéreo (anteriormente llamado en literatura teosófica el *linga Sharira*), y que también tiene un cerebro que realmente no es menos físico que el otro, aunque compuesto de materia en una condición más fina que la gaseosa.

Si nosotros examinamos con facultad psíquica el cuerpo de un niño recién nacido, lo hallaremos penetrado, no solamente por la materia astral de todos los grados de densidad, sino también por los diferentes grados de la materia etérea; y si nosotros nos tomamos el trabajo de seguir la huella de estos cuerpos internos hacia su origen, hallaremos que el último de los dos es el doble etéreo,—y que siendo el molde sobre el cual está construido el cuerpo físico, es formado por los agentes de los señores del Karma: mientras que la materia astral ha sido tomada siempre por el ego reencarnante, no de una manera consciente, sino automáticamente, como que él, al desencarnar, pasó a través del plano astral, y ello es, en efecto, el mero desenvolvimiento en aquel plano de tendencias cuyos gérmenes han quedado dormidos en él durante sus experiencias en el mundo celestiau; porque en aquel nivel o Devacham era imposible que se manifestaran tales gérmenes por la falta del grado necesario de materia para su expresión.

Ahora bien, este doble etéreo ha sido llamado el vehículo del éter de vida humano o fuerza vital (denominado en Sanskrito prana), y aquellos que han desarrollado las facultades psíquicas pueden ver exactamente como esto es así. El verá el principio de vida solar casi incoloro, aunque intensamente luminoso y activo, el cual está constantemente lanzado por el sol dentro de la atmósfera de la tierra: él verá como la parte etérea de su bazo en el ejercicio de sus maravillosas funciones absorbe esta vida universal y la especializa en prana, a fin de que pueda ser más rápidamente asimilada por su cuerpo; como entonces circula por todas las partes del cuerpo, corriendo a lo largo de cada hilo nervioso en diminutos glóbulos de luz amorosamente rosaceo, causando el valor vivo de la vida, la salud y la actividad al penetrar cada átomo del doble etéreo; y como, cuando las partículas coloreadas de rosa han sido absorbidas, el éter vital excedente radía finalmente del cuerpo en todas direcciones como luz de un color blanco azulado.

Si él examina más aún la acción de este éter de vida, pronto verá la razón para creer que la trasmisión de las impresiones al cerebro depende más bien del flujo normal del éter de vida a lo largo de la porción etérea de los hilos nerviosos, que de la mera vibración de las partículas procedentes de la más densa y visible

porción de su cuerpo, como es comunmente supuesto. Necesitaríamos demasiado espacio para detallar todos los experimentos en virtud de los cuales esta teoría es establecida, más la indicación de uno o dos de los más simples basta para mostrar las líneas sobre las cuales corren ellas.

Cuando un dedo se torna enteramente adormecido por el frío, es incapaz de sentir, y el mismo fenómeno de insensibilidad puede ser producido rápidamente a voluntad por un hipnotista, quien por medio de unos cuantos pases sobre el brazo del sujeto lo llevará a una condición en la cual puede ser pinchado con una aguja o quemado por la llama de una vela sin experimentar el sujeto la más ligera sensación de pena. Ahora bien, ¿por qué el sujeto no siente nada en ninguno de estos dos casos? Los hilos nerviosos todavía están allí, y aunque en el primer caso pudo haberse sostenido que su acción fué paralizada por la ausencia de la sangre de los vasos, ésta ciertamente no puede ser la razón en el segundo caso, en el cual el brazo retiene su temperatura normal y la sangre circula como es usual.

Si nosotros requerimos la ayuda del clarividente seremos capaces de alcanzar algo que se acerca más a una explicación real, pues el clarividente nos dirá que la razón por la cual el dedo helado parece muerto y la sangre es incapaz de circular a través de los vasos, es porque el rosaceo éter de vida no está circulando a lo largo de los hilos nerviosos; pues nosotros debemos recordar que, aunque la materia en su condición etérea es invisible a la vista ordinaria, es todavía puramente física y, por tanto, puede ser afectada por la acción del frío o el calor.

En el segundo caso él nos dirá que cuando el mesmerizador (o hipnotista) da los pases por medio de los cuales él insensibiliza el brazo del sujeto, lo que realmente hace es echar su propio éter nervioso (o magnetismo, como es llamado a menudo) dentro del brazo, rechazándolo de este modo durante el tiempo que dura la operación. El brazo está todavía vivo y caliente, porque hay todavía corriente de éter de vida a través de él; pero éste no es el éter de vida especializado del propio sujeto, sino el del operador; por tanto, no está en relación directa y armónica con su cerebro, sino con el del operador, y no trasmitiéndose ninguna impresión a aquel cerebro, no hay tampoco ninguna clase de sensación en el brazo. En vista de lo expuesto, parece evidente que, aunque no es absolutamente el éter de vida en sí mismo el que hace el trabajo de trasmitir las impresiones desde lo exterior al cerebro del hombre, sin embargo, su presencia, como está especializado por el hombre mismo, es ciertamente necesaria para la debida transmisión de las impresiones a lo largo de los conductores nerviosos.

A hora bien, así como cualquier cambio en la circulación de la sangre afecta a la receptividad de la materia más densa del cerebro y modifica la calidad de las impresiones recibidas a través de él, así también la condición de la porción etérea del cerebro es afectada por cualquier cambio en el volúmen o la velocidad de

estas corrientes de vida. Por ejemplo, cuando la cantidad del éter nervioso especializado por el bazo cae por cualquier causa debajo del promedio, la debilidad y el decaimiento físico son sentidos inmediatamente, y si, bajo estas circunstancias, también ocurre que aumenta la rapidez de su circulación, el hombre se vuelve supersensitivo, altamente irritable, nervioso y quizás hasta histérico. Durante tal condición él es a menudo más sensitivo para las impresiones físicas de lo que él sería normalmente, y así sucede con frecuencia que se halla falta de salud, ve visiones o apariciones que son imperceptibles a su prójimo más robusto. Si, por otra parte, el volúmen y velocidad del éter de vida son reducidos al mismo tiempo, el hombre experimentará intenso desfallecimiento, haciéndose menos sensitivo a las influencias más superficiales, y experimentará una sensación general de estar demasiado débil para cuidarse de lo que le sucede.

Debe recordarse también que la materia etérea, de la cual nosotros hemos hablado, y la materia más densa ordinariamente reconocida como pertenencia del cerebro, son realmente ambas partes de un solo y mismo organismo físico, y que, por tanto, ninguno de ellos puede ser afectado sin que produzca alguna reacción en el otro. Por consiguiente, no podemos estar seguros de que las impresiones serán correctamente transmitidas a través de este mecanismo, a no ser que las dos porciones mencionadas tengan un funcionamiento enteramente normal, y la irregularidad en cualquiera de ambas partes puede muy rápidamente, ya entorpecer o perturbar su receptividad, o bien producir imágenes borrosas o torcidas de cualquier cosa que sea presentada al sujeto. Además, según luego se explicará, se está infinitamente más sujeto a tales aberraciones durante el sueño, que en el estado de vigilia.

(Continuará).

Notas Bibliográficas.

REVISTAS

Los Tiempos.—He aquí una revista en la que predomina el buen gusto que tanto abunda, en achaques literarios, en la república oriental del Uruguay.

Este número que tenemos a la vista, es una demostración evidente del desarrollo cultural en aquel país, en el orden de cosas a que nos contraemos, y que acaso se depure lo preciso para invadir las regiones augustas de la Belleza real.

Las Antillas.—Revista de carácter tendencioso, consignada de poner de relieve el prestigio cultural de las Antillas, ricas en hombres de positivo mérito, de ayer y de hoy, que han laborado en la prensa y en la tribuna.

A ratos, en sus páginas, nos encontramos con ideas curiosas.